



Historias del barrio

Gabi BELTRÁN
Bartolomé SEGUÍ



ASTIBERRI

Portaaviones



Benjamín vivía
su propia pesadilla.



Una pesadilla
que se prolongaría durante
los siguientes quince años...



...hasta la noche en la que
lo hallaron muerto
de una sobredosis
en los lavabos
del parking
de la plaza
de Coll.



Y todo empezó aquel verano de 1980. El verano en el que empezamos a vivir más rápido que la mayoría de los chicos de nuestra edad.



Cuando Benjamín venía a buscarme siempre me encontraba dibujando. Eso era lo que más me gustaba hacer: dibujar. Entonces le oía gritar mi nombre desde la calle.



Había unos billares en la plaza Mayor. Allí pasábamos algunas tardes, jugando al fútbolín y fumando los cigarrillos que comprábamos sueltos.



Un Sombra valía cuatro pesetas.
Un Marlboro seis.



No tengo dinero para parches.

Yo tengo parches en mi casa.



De todos modos sé cómo conseguir dinero.



No sé a quién se le había ocurrido la idea.
Pero muchos chicos del barrio lo hacían.



Los barcos de guerra norteamericanos atracaban en la bahía de Palma. Fragatas, destructores, portaaviones.

Los portaaviones fondeaban a varias millas del puerto. Se veían desde cualquier punto de la costa.



Cuando los marinos tenían permiso desembarcaban en las lanchas. Su prioridad era encontrar una mujer.

En el muelle donde atracaban las lanchas instalaban una oficina portátil. Los marinos sellaban allí sus permisos de entrada y salida.



También había un chiringuito en donde podían comer y beber algo mientras esperaban la lancha de vuelta o decidían qué hacer con su permiso.

Era allí dónde los abordábamos.



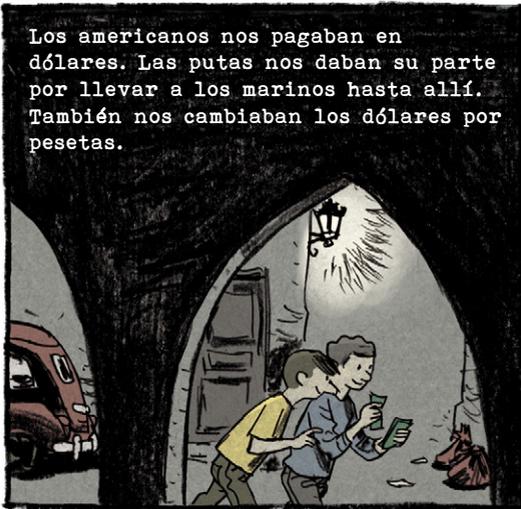


OK. Tú sigues.
Yo señorita.

Entonces los guiábamos hasta
nuestro barrio. Allí había
un montón de señoritas.



OK: aquí
señoritas.



Los americanos nos pagaban en
dólares. Las putas nos daban su parte
por llevar a los marinos hasta allí.
También nos cambiaban los dólares por
pesetas.



La mayoría de las madres de
mis amigos eran o habían sido
prostitutas. Así que escogíamos
muy bien las calles y clubs a
los que llevábamos
a los americanos.



A veces, alguna de aquellas mujeres
nos reconocía. Pero nunca dijeron nada.
Les llevábamos el trabajo hasta la
misma puerta de los clubs.



A ellas también les
pagaban en dólares,
y eso significaba
que ganaban
el doble.

Era una buena razón
para mantenerse calladas.

Yo habría llevado a los marinos hasta allí gratis.

Por alguna razón había despertado al sexo antes que mis amigos.

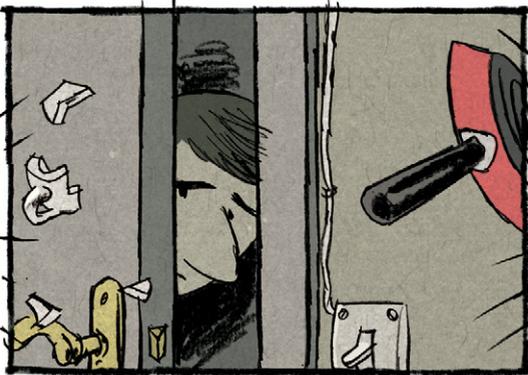
Así que poder entrar en aquellos clubs me resultaba excitante.



Ver aquellas mujeres sentadas en sus taburetes, vistiendo minifaldas imposibles y escotes de vértigo, era en sí mismo un premio. Y encima podía llevarme aquel olor conmigo.



Una tarde de junio las cosas se torcieron en casa. Estaba acostumbrado a los gritos y peleas. Incluso había llegado a aceptar que los platos volasen de vez en cuando y se estrellasen en las paredes.



Un olor que recordaba por las noches, justo antes de dormirme.



Pero ese día las cosas se pusieron feas de verdad. No aguanté más y me largué. Fui a buscar a Benjamín. Vivía en la calle Sindicato.

¡Benjamín!



Las Rocas era el rompeolas del paseo marítimo. Lo llamábamos así: Las Rocas. Cuando me escapaba de casa siempre iba allí, a sentarme frente al mar.





Seguramente Benjamín tenía razón. No sentía que encajase en ningún sitio. Ni en el barrio, ni en mi familia... Ésa era mi pesadilla. Parte de la de Benjamín era su fealdad.



Desde siempre los chicos le habían humillado y las chicas despreciado. Supongo que esa era la razón por la cual siempre miraba al suelo. Porque el suelo no tiene ojos.



Siendo niño eres capaz de encontrar cosas con las que alejar el dolor; con las que distraerlo. Al ir haciéndote mayor esas cosas van desapareciendo.

Entonces el dolor va ocupándolo todo. Hasta que ya no queda ningún sitio donde mirar. Quizás sólo hacia dentro, hacia uno mismo. Creo que por eso la pesadilla de Benjamín acabó en aquellos lavabos.



Como todos los marinos, aquellos dos chicos querían estar con una mujer. Pero no parecía que fuese una prioridad. Así que primero dimos una vuelta por la ciudad.



Nos preguntaron muchas cosas sobre la isla. Parecían realmente interesados en todo lo que pudiéramos contarles. Eran educados y divertidos, pero podías ver la melancolía colándose entre sus palabras.





Después de pasear por la ciudad los llevamos a un club de la calle Estrella. Nos dieron cinco dólares y nos pidieron que los esperásemos.

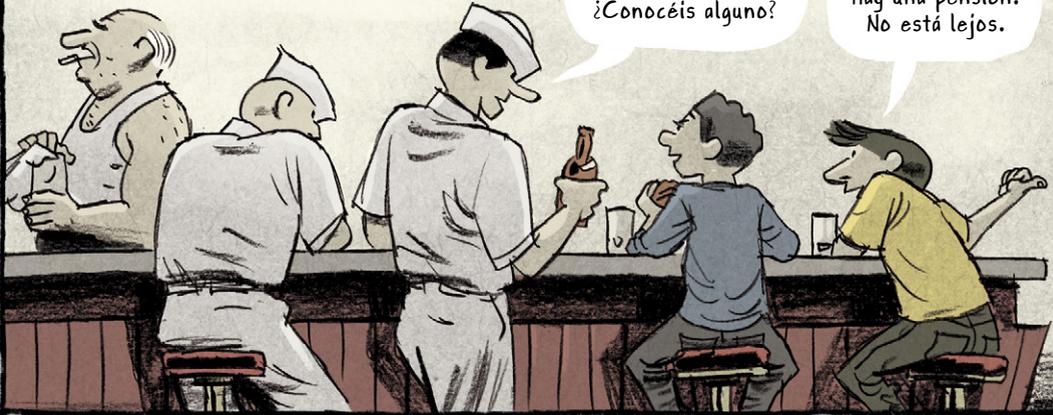
Cambiamos el dinero a una puta y fuimos a tomar una Coca-Cola en una hamburguesería de la misma calle.



Media hora después vinieron a buscarnos.

Necesitamos un sitio barato donde dormir. ¿Conocéis alguno?

Yo sé dónde hay una pensión. No está lejos.



¡Pues vamos allá!



Los llevamos a una pensión de la plaza Banc de s'Oli. Estaba en una de las callejuelas que desemboca en ella.





Benjamín y yo lo habíamos hablado.

No queremos volver a nuestras casas.



¿Ah, no? ¿Y qué queréis hacer?

No sé... Pero preferiríamos no volver. Al menos hoy.



Hablaron entre ellos. No nos preguntaron la razón por la cual no queríamos volver a casa.

Supongo que habían visto mucho mundo. Así que debían saber que no todo en él era hermoso.



De acuerdo. Haremos una cosa: primero subimos nosotros y dejamos los petates. Después bajaré yo y mientras Héctor entretiene al dueño subiremos sin que nos vean.

12

Benjamín y yo dormimos en el suelo. Los marinos habían improvisado una cama con las mantas y nos dejaron las almohadas.



A la mañana siguiente nos invitaron a desayunar en una cafetería del paseo marítimo. Huevos con beicon, zumo de naranja, café, tortitas con jarabe de arce.

Eran americanos. Eso estaba claro.



Pasamos la mañana con ellos, y luego, a la hora de comer, ellos regresaron al puerto y nosotros a casa.



Mi madre me preguntó dónde había estado.

Y le dije la verdad.



¡En América!

